

Juan Donoso

## El Roante (1)



ERIA la mediatarde cuando llegó a casa de Benedicto Gonzáles un desconocido. Montaba un caballo insignificante de pelaje largo y desteñido, que el viento agitaba en revueltos mechones. Apareció por sobre el puente en un cabeceo brusco; sus patas golpearon pesadamente la cubierta, malhumorando la modorra de los perros que se abalanzaron cerrándole el paso. La tranquilidad del animal era inmutable, sólo se limitaba a mover las orejas y bornear la cola; con los ojos semicerrados avanzaba en trancos lerdos. El dueño de casa iba al encuentro del forastero y lo hacía con una lentitud indiferente; maniembolsillado y arrebuñado en una gran manta, tenía un aspecto de asechanza; los ojos pequeños (enterrados en la sombra espesa que sobre el rostro le proyectaban las frondosas alas del sombrero), cogían y apreta-

---

(1) Juan Donoso se está formando rápidamente una personalidad en las letras chilenas. Los lectores de nuestra revista han tenido oportunidad de leer algunas de sus producciones que denotan un hondo conocimiento de la vida popular y un manejo muy seguro de la técnica del cuento. El que publicamos ahora, obtuvo el primer premio en los Juegos Florales de San Felipe, celebrados con motivo del segundo centenario de aquella ciudad. El tipo que figura como personaje central—el «roante»—es sin duda uno de los más característicos del campo chileno y hasta ahora no había sido tratado con tanta justeza en el dominio de la literatura criolla. Donoso es muy joven, casi un niño, y por lo tanto debemos esperar producciones más logradas y cada vez más firmes.—(N. de la D).

ban la figura del recién llegado; estaban muy cerca ya cuando el hombre encogió las riendas, llevándoselas hasta la garganta y quedando separados por unos tres metros de distancia. Frente a frente se miraron en silencio, como aquilatando cada cual los pensamientos del otro.

—Güenas tardes, exclamó el forastero sin descubrirse.

La mirada de González se hacía cada vez más envolvente; por último su voz lenta y borrosa se dejó oír: ¡Güenas tardes, iñor!

Nuevamente el silencio aplastando las palabras. El cielo fosco se venía recargando de densos nubarrones; ya se sentía el aliento cálido de la tormenta, el viento pasaba feroz y ululante, henchido de un polvo áspero que hería el rostro y dejaba en la boca un sabor amargo.

—¿Pudiera darme alojamiento? ¡Parece que vamos a tener agua, patrón!

González levantó la cabeza, sus ojos siguieron el tropel de nubes que parecía irse deteniendo y amasando en el horizonte hasta cubrir toda la extensión del cielo; de mala gana tuvo que asentir a la duda del viejo, diciendo: «Ta nortiendo juertazo, antes de la noche vamo a tener agua. Pase más pa ilante no más. ¡Una noche se pasa e cualquier móo!

El viejo descendió con cierta dificultad; tirando al animal por el cabresto unió sus pasos a los de González que se encaminaba hacia la casa, rodeada de corredores y mediaguas. Un corralón fué el que el dueño de casa destinó a la bestia del forastero; el techo bajo e inclinado rechazaba la luz, la hacía correr por sus costados, dejando en el interior una penumbra gruesa y húmeda, que los hombres barrían de sobre el rostro al sentir su contacto.

—Güeno, pero entuavía no voy a poer esencillar al flaco, ni siquiera abajar los «monos», porque como le ligeriamo, tiene q' estar caldiño y bien repoco cuesta pa que l'entre un pasmo, ¿nu es cierto?

—¡Bah, yo que lo habeida tomao por yegua, tan guatonazo el animal!

—¡Es que s'empastó cuando nuevo!, contestó el viejo, chasqueando con desazón sus labios enjutos.

—¡Ahi'ta, pus, don! Entonces nu hey dicho náa...

—¡Si no juera por eso... naíta'e pior que sería... ¿no?

El animal, ajeno a lo que se trataba, movía las orejas al mismo tiempo que engullía el forraje seco y crujiente. Parecía achaparrado por la sombra y deformado por el envoltorio de ropas y cueros que llevaba a la grupa.

González contenía una risa mordaz; sus labios finos se recogían mostrando una dentadura sana; las mejillas poco pobladas estaban teñidas por una barba de días; la frente regular, partida de arrugas, no demostraba mayor talento; los ojos pequeños empapados de malicia seguían el arco oblicuo de las cejas; la nariz aplastada se vaciaba sobre los carrillos alargándose hasta la boca; era una figura simple, ni su estatura y corpulencia iban más allá de lo regular; pero poseía una mordacidad, una cazurrería únicas, que él oportunamente sabía verter en los demás.

El viejo se mostró mohino ante la burla dirigida a su aparejo; él por su parte creyó desviarla con una respuesta rápida, que viniera a disminuir en parte la deformidad natural de «Futre»,

Ya sentados en la cocina, en pisos bajos y junto al fuego, el viejo estiraba una y otra pierna recorriéndolas en largos y monótonos masajes.

González no desperdiciaba sus observaciones astutas:

—¡Hace muchos días que viene de camino... on... on... on... ¿cómo es su apelativo?

—Aurelio Bravo, pa selvirle a usted... Sí; hace una porción e días a que ando roando tierras. Vengo del norte, eso sí que juí nació pal sur, pal lao e Temuco; allá me crié y estuve hasta bien guaina; tenrría 18 años cuando me juí a la nombrá

e las salitreras. A esa edá los hombres necesitamos plata, y nos arreamos a sacarla hasta di aentro e las pieiras. ¡Náa se resiste a l'ambición!...

—Usté ha estao pal norte ¿ah? era la mujer de González la que hablaba; alta, enjuta, con los cabellos renegridos, medio cubiertos por un trapo blanco anudado a la nuca.

—Sí, señora, hey tao allá.

—Velay, pa mí q'esa gente, ¡tiene una de mañas!... claro que de tóo haurá, tampoco lo igo por usté... Pero por estos láos ¿qué no se dice d'ellos?

La voz de la mujer tenía un extraño acento, una rara entonación; a ratos aparecía fugaz y vibrante, luego se empañaba y gemía con todas sus facciones; sus grandes ojos negros, su nariz de aventadas pestañuelas, su boca fina se quebraba en una angustia maliciosa; allí estaban en pugna el indio y el español, ocultándose, apareciendo muy juntos, confundándose. Don Aurelio la quedó mirando con fijeza. Sentado, con los codos apoyados en las rodillas dejaba caer las manos cruzándolas y revolviéndolas con pereza. «Es bien cierto lo que usté dice; hay hombres de tóas layas. El nortino neto, nació y criaio allá, es de por sí hombre arrejónáo; tóo el tiempo anda en busca e derroteros, de vetas: noticiándose, explorando cerros. Se mete al desierto, aunque sepa que vá a perder la vía; es lo e menos. Par'él nu hay más qu'el polvenir, la vía que viene, el oro y las mujeres. El oro es pa tirarlo a manos llenas; pocos vienen de allí con las talegas repletas. ¡Muy grandazas tendrían que ser pa que llegaran aquí con un puchicho siquiera!...

—¡Bah! esas sí que son ideas, comentó González. ¡Tienen mala cabeza esos cristianos!

—Yo no comprendo las cosas así, arguyó la mujer; si se trabaja es pa guardar la ganancia; la vía tiene tantos reveses y naiden sabe cuánto tiempo va a vivir, ni las necesidades que va a tener.

—Eso mesmo, pues, señora, es lo que hace q'esos hombres

sean tan desprendíos de tóos; por un amorío, por cualquier cosa apelan al corvo; ni uno ni otro se han de matar—estoy harto seguro—¡Es la vía la que tira los dáos!

María lo quedó mirando con sorpresa, le volvió la espalda, y vaciando una porción de harina al cedazo, se inclinó sobre la batea del amasijo. Cernía; el golpeteo liviano tenía una armonía discreta que ella acompañaba con su respiración.

\* \* \*

Don Aurelio, por su vestimenta se diferenciaba del resto de los campesinos; llevaba un sombrero corriente, con la copa abollada en redondo; cargaba esos uniformes de tela gruesa y blanca de la tropa de los regimientos y que ya en desuso se vendían en la feria de Chillán; polainas, inglesas y fuertes zapatos completaban su traje. En invierno no llevaba manta sino que se arropaba en gruesos capotes militares; parecía un viejo veterano que, aun fuera de las filas; quería llevar los arrestos que habían sido orgullo de su juventud. Para sus labores se anudaba a la cintura un trapo blanco que le cubría hasta las rodillas, sus movimientos eran lentos, opacos, caminaba con el cuerpo inclinado en esfuerzo de ascenso; con el sombrero encastrado sobre la frente despejada, meditativo y triste, irrumpía a veces en tarareos sordos que se rompían en un suspiro profundo.

—«Es bien haulao el hombre, ¿no?—. Comentaban a su espalda, no podían hacerlo en su presencia, ya que era un forastero. . . un roante cualquiera; en cambio no despreciaban oportunidad para comentar burlonamente las cualidades defectuosas del «Futre».

—Pa mí q'el flaco no jué náa d'empastaura que le creció tanto la guata, porque tamién es quebrao e lomos.

On Aurelio miraba a su caballo, si es que estaba presente, o si sus ojillos se adentraban y, allí, en el fondo de su espíritu

encontraba la figura menguada del animalejo: «verdá q'es un poco quebrao e lomos, pero es que tiene mezcla de árabe; esa raza es así; por estos láos no se conocen; son harto entendíos, ni más ni menos que como cristianos. ¡El Futre es entendíazo!

—¡Tóos los caballos son entendíos!

—No igo que no; pero hay unos más que otros... Yo lo compré de Santiago poco p'acá (d'esto hace unos siete meses). Le haulo de día y de noche andando o por ahí de allegáo, los hemos acostumbraó el uno al otro, los queremos y nu es pa menos; un hombre como yo que no tiene pariente ni uno, que no sabe si la muerte lo pillará andando, necesita por lo menos a un alimal a quien ecile sus tragerias, y ahí está el Futre, así como lo ven... pero estoy seguro que me compriende... ¡Es increíble! S'entristece conmigo y en más de una ocasión lo he visto pensativo.

—¡Sí; pero es harto fiero el gruto!

—Cáa uno con su gusto, así como es; menúo e patas como el mejor chileno; hundío e lomos como el más chantáo e los *moros*, cabezón y guatón como el más fino de los cuyanos; es güen alimal... y güen compañero... ¡Náa más!...

\* \* \*

Contrariando la inquina de todos hacia los forasteros, on Aurelio les caía en simpatía; su cara tenía un sello indiscutible de bonhomia, pulcramente rasurada, sólo muy raras veces se veían sus mejillas plateadas por el fuerte rebrote de la barba, la boca hundida ocultaba una dentadura fina, como gastada por los años; la nariz aquilina estaba custodiada por los ojillos pequeños y centelleantes; por sobre la frente se agitaban los cabellos encarrujados y blancos.

Trabajaba en silencio; silenciosamente se levantaba por las mañanas y conducía los animales al cerco de más florido pastizal, «Futre» iba revuelto entre todos ellos, tranqueando pacien-

temente o arrancando en el pesado trote que le había ganado el apodo de «carretonero». ¡Qué importaba lo que dijeran!...

... El había pedido hospedaje por un solo día; lo cogió la lluvia y en espera de la bonanza transcurrió el tiempo, si no estaría en la montaña; pero la suerte lo clavó allí, lo condujo a esa casa, en ella esperaría una nueva fuerza que lo impulsara a nuevas correrías, a nuevos caminos...

... Nu hey visto hombre conformé éste, decía María Yáñez (mujer de González) come por veinte y trabaja por niuno, ¡en fin! Benedicto es el que tiene la culpa, teniendo una zalagarda e sirvientes, se vino hacer d'este viejo inútil, que quizás qué mañas tiene... y cualquier día demuestra tóo de lo q'es capaz. Es compasión traer a la casa un roante, un minero... y sepa Dios qué más. Llegaba on Aurelio y María Yáñez callaba, como por encanto.

—¡Güenas tarde, señora!

—¡Güenas tardes, on Aurelio... ¿quiere servirse agua con harina?

—¡Ya no más!

—Pero usted mismo tiene que moler el tostáo; allí en la callana está tuavía; usted ya sabe; espúes s'echa el molío al cajón.

El viejo ritualmente descubría la piedra, la soplaba, casi restregando los labios sobre la superficie porosa, echaba un puñado de trigo que rodaba por la suave pendiente y, empezaba a moler con lentitud, en un ritmo de tres tiempos, que sólo variaba cuando echaba mano a los granos que se ganaban a las orillas. Diariamente molía un almud o más; luego que concluía de hacerlo, *amuñaba* una porción considerable que iba devorando lentamente, fruiciosamente. Para comer lo hacía en igual forma: llenaba la cuchara cuidadosamente, la contrapesaba y llevaba a la boca, en un movimiento eterno e incansable; el viejo, como una avalancha, devoraba todo, pese a la fiera mirada de María Yáñez que caía sobre el hombre, deslumbrada por su voracidad. ¿Se repite on Aurelio?

—En habiendo ¿por qué no, pues señora?

Con despecho contenido, la mujer le colmaba la fuente; cuando el viejo concluía los demás trabajadores iban lejos: la Yáñez lo seguía con la vista y sus injurias: ¡Viejo hambriao... y contimás flojo!...

\* \* \*

El hombre, como labriego no era gran cosa; cada vez que el arado se encallaba, caía de rodillas y arañaba la tierra con verdadera furia hasta encontrar el obstáculo que no pasaba de ser, en la mayoría de los casos, una piedra o una raíz. Tenía la visionaria manía del minero, había sido «cateador» y, en todas partes buscaba esa veta milagrosa que había de encontrar en su vida. Miraba las piedras y sus reflejos, las revolvía entre sus manos oscuras, en las que parecía haberse vertido la vislumbre rojiza de la gruesa pulsera de cobre que le ceñía la muñeca; también llevaba anillos del mismo metal, eran «contras» para el reumatismo y el dolor a los huesos. A las risas y burlas de todos respondía con gravedad: «Nu hay de qué reírse, toas las pieiras contienen plata, oro y cobre; hasta nuestro cuerpo contiene minerales; sal, yodo, fierro. Tamos más ligaos a la tierra que los mesmos árboles que son sus hijos»...

Como hortero su labor no era más fecunda; molía los terrones y, si no hubiera sido por las pullas que caían sobre su pasivo carácter, lo habría convertido todo en fino polvo; urgueteaba incansablemente y se defendía con doradas leyendas que florecían en sus labios y en sus pupilas alucinadas.

...Andacollo pasó a ser tema obligado de los comentarios; se amasaba el relato fantásticamente, engrosaba, empezaba a adquirir matiz de leyenda, pronto pasaría a ser un mito, un claro surtidor de oro. Cuán maravillados le escuchaban, con un recogimiento casi religioso. «Sí, el oro corre por las regueras, en pepitas duras y chicas, oro puro de 18 y 24 kilates. Han di

haber montañas di oro. ¡Hay tá la riqueza e Chile! ¡La riqueza e tóos los chilenos! En veces me da la tincá e girar pal norte y en dey mi acuerdo e cuando partí e mi casa juré a mis padres del golver a mi tierra, aunque fuera a morirme. . . . Hey sío hombre de ejuerzo, d'empuje, si se quicre, y de palabra ante tóo. Tamién estoy viejo y poure, soy pura escoria y la escoria no la cotiza naiden menos «los gringos e las firmas» que se lo llevan tóo; se llevan tóo el orito que pasa por las manos e los jornaleros, por estas manos mías, que han táo llenas e pepas di oro. Como arrepentío las enterraba en la tierra que había esponjado pacientemente. . . . «¡On Aurelio no sirve más que pa cortar árboles!»; esa frase se hizo general y, en verdad, ¡con qué heroico placer cogía el hacha, acariciaba el filo con sus manos, lo limpiaba prolijamente con el pañuelo, deseoso de verlo impecable en su brillo. Cuando González propuso que había de talarse la «huallisada» que había reventado allí, en medio de la loma, lisa y parda, como una ola intensa de la selva extinguida y que cada día se iba haciendo más fuerte y enmarañada. On Aurelio fué el más entusiasta y convencido. Había que cortarlos; con ellos se haría carbón y hasta unas cargas de leña para llevar al pueblo; se recobraría ese pedazo de tierra y sería un puñado más de trigo.

—¡Claro, asintió on Aurelio, allí, en la guallizá, entre los zarzales, se guarecen las liebres, y estos pájaros son harto dañinos, iñor; hay que arrásar con tóo!

Con entusiasmo, alegre casi, salía por las mañanas antes del desayuno en compañía de Ernesto, otro peón de la casa: un muchacho de veinte años, de estatura mediana y más bien gordo.

«El sol qui asoma y el pión en la loma», repetía on Aurelio, y, religiosamente, cuando empezaba a salir el sol daba el primer golpe, y otro, y otro, en forma contraña al compañero. Se iba abriendo en el tronco la brecha sangrienta, empapada en una esencia picante que salpicaba la pureza del

aire, llegando a acariciarles las narices. Tras el derrumbe de cada árbol cesaban los golpes, y apoyados en los largos y lisos astiles echaban a rodar la mirada por el suave faldeo de los lomajes, en cuyo fondo, dificultosamente, se alargaba un hilo de agua levantando una vena de vegetación, perfumada y húmeda, rumurosa de frondas y de pájaros flameando como bandera de victoria. El cielo, de un azul tierno y acariciante, se empañaba a ratos por el cendal de las nubes, que el viento deflecaba en airosos jirones.

La primavera venía, llegaba con su fiereza ígnea, rompía los sarmientos nudosos de los árboles en verdes crisálidas de sombra. El viejo Aurelio se saturaba y embriagaba en esa plenitud; sus ojos se empequeñecían de luz; todo esto era muy distinto al desierto, muy distinto a la tierra muerta del «caliche» llovida por el cálido florecer del sol, que la reseca cada vez más. El viejo respiraba, revivía, sentía correr por su cuerpo nuevas fuerzas; terminaba por dejarse caer en un tronco, laxo, rendido...

—Oye Ernesto, ¿esperemos que toquen la campana pal desayuno?

—Güeno, eñor, el viento sur la va a traer derechito p'acá. ¡Nu estamos náa muy lejos de la casa tampoco!

—¡Esperemos entonces! En esperar está la vía, esta vía tan poco discreta; ¡tan perra!... ¡esta vía!... ¡esta vía!...

«Sí señor, y son de cobre,  
Y tóo porque las vende un poure  
Naiden las quiere comprar.

¡Oye, niño la vejez es más brava que tóa la vía, gos no lo sospechai siquiera! ¡Ayayaicito! Yo m'hey golpiao como un gruto, poure estaré, repobre, pero ante náa, ni naiden se m'encoge el corazón. Si vieray como hey lucháo, pa ser lo que vís; un viejo e miéchica, se te caerían las lágrimas, apaliáo, ham-

briáo y vagamundo. Pero siempre honráo, siemprecito, nunca mi mano ha queido sobre prenda ajena.

—¿Ni aunque esa prenda fuera una mujer?

—Ni aunque fuera una mujer; ¡te lo juro por mi maire, q'está muerta y que su memoria es sagrá pa mí! A un hombre no lo hacen honráo ni los consejos ni los palos; la bondá la lleva en el alma, yo siemprecito digo: ¡Ese cristiano tiene alma di'oro! El oro es siempre el oro, y la virtú, la virtú. La bondá la llevamo aquí aentro, en el pecho, en el corazón. Si supierai gos, que naiden en la vía se interesa por otro, te ahorcariái solo; nunca se puée esperanzarse en naiden, nunca! Dende aprender a ler lu hice solo, y a escrebir, y a trabajar, y a ganarme la vía a mordizcos... Lo primero que aprendí hacer, jué la firma; la letra nu es náa e pior. Y sacando un lápiz pequeño, garabateó en la pulpa viva de la cortadura, su nombre: Aurelio Bravo. Una letra redonda y pareja; por la hendidura de los caracteres corrió un hilo de sabia, que el viento enjutó rápidamente. Riendo con amargura, desenfundó un cuchillo minúsculo y obscuro, con el que fué grabando profundamente los caracteres, diciendo con un mal disimulao placer: «un árbol es muy fácil que lo corten, ¡pero un tronco, quién lo v'arrancar de réices! estas letras van a ser una e las pocas cosas que voi a ejar pegáas en la vía.

El muchacho lo miraba con extrañeza; en sus verdes y jóvenes pupilas, la luz adquiría una vibración centelleante, la misma que iba bañando el lomaje y que ellos rebanaban con sus cuerpos y sus movimientos.

\* \* \*

Habían arrancado la cerca muerta, que corría apegada a la casa de González. Ahora, sin obstáculos, la vista iba a detenerse en una alta fila de robles, que se tendía como un cordón ante la masa densa y sombría del bosque; el terreno liso, lace-

rado por la huella agria de los rastrojales, mostraba leves pinceladas de pasto; en un ángulo se levantaba el montón de espigas, anillado fuertemente por la nervuda resistencia de los tranqueros y las varas.

Una yeguada visiblemente desmejorada pastaba dispersa, guareciéndose a la sombra de los robles que campeaban aquí y allá; los jinetes iban de un lado a otro, enredándose en conversaciones a voz en cuello, en risas estruendosas, en exclamaciones de alegría. Cada cual trataba de poner a la vista su temeridad y la apostura de su aparejo, arrancaban en galopes cortos, para luego girar en las patas traseras y clavarse en la tierra reseca...

Buen trecho se había encumbrado el sol, la luz hiriente empezaba a picar el lomo de las bestias, cuando las rodearon hasta formar un apretado tropel, donde las más fogosas ganaban la delantera, propinando a las otras violentas coces, que raras veces esquivaban y sólo respondían con relinchos nerviosos, así entraron a la era, hechas un cardumen overo y sucio, de lomos astillosos y matados. En algunas aparecía patente el cuadrado de la silla, tachonado de profundas y sangrientas llagas. Eso era lo que ellos llamaban «pasma» (efecto del descuido ocasionado al desensillar después de una caminata; sin antes haberles dado el debido reposo).

... Esa era la faena en medio del potrero; simplemente la faena diaria, el trabajo paciente y largo, silencioso y tremendo, revolviéndose entre las manos, redondeándose pulcramente, hasta rodar y perderse; un día de trabajo. En la casa prendía la fiesta, amasada con la alegría de los hombres y las mujeres, una alegría densa y perfumada que, bajo los árboles y los emparrados cobraba un tinte nuevo, magníficamente nuevo; y alegría había en las mantas y en las fajas, en las cabalgaduras y en los aperos; y en los bonitos trajes y en las medias encarnadas que aprisionaban la pantorrilla de las muchachas, alegría en los zapatos chillones y en el carmín de las mejillas,

y en los cabellos trenzados, alegría y nada más que alegría; alegría trenzándose y destrenzándose...

La trilla había llegado como una hermosa niña, con sus densos ojos de mosto, su boca granada de espigas; llorando y riendo en las tonadas y en las cuccas. Era una muchacha que llenaba el gusto de los montañeses, que venía a retozar y bailar con todos ellos. La trilla, la Niña-Trilla estaba allí, en medio de esa mañana de enero, bañándose en su luminosidad, en ese calor inmenso que amortiguaba la lozanía de los árboles y que se hacía trizas, que saltaba en un repiquetear de monedas sonoras, acuñadas de amor y de alegría...

Ya caían los primeros fuztasos sobre los lomos inquietos de las potrancas, el grito de los hombres rasgaba la tela del silencio que se apretaba con una densidad desconocida: ¡Aaaah! yeegú, yecegú, yeegú, allá va, ya va, ya va, ya va! El grito iba levantándose, irguiéndose y cayendo, rodando eternamente con una monotonía desgarradora que se aferraba al suelo. Vendría el vino y entonces se entonarían las gargantas, los pulmones demostrarían una insospechada fuerza; ellos lo sabían, estaban alentados con el estímulo, tras el que se ocultaba una sonrisa femenina.

\* \* \*

El viejo Aurelio cabalgando en Futre, cerraba la puerta de la era con González y otros; algo le hacía sentirse orgulloso y alegre, (sin duda alguna la proximidad a los ricos que le rodeaban) allí estaba «Futre» con su tremenda cabeza, su barrigona y su mansedumbre tierna; de cuando en cuando estornudaba ruidosamente, volviendo a su imposibilidad habitual. El viejo tenía los ojos fijos, ávidos; no parecía molestarle ni la luz, ni el fino cendal de polvo de las espigas trituradas; estaba endurecido, para él la parva no era otra cosa que una montaña de oro, de finas y pequeñas pepas, aquéllas con las que tanto se había encariñado su espíritu y aguzado su fantasía...

\* \* \*

Después de almuerzo el vino había caldeado los ánimos, las palabras eran fuertes y la alegría cruda; las primeras cuecas encendieron la briosidad de las pasiones. Sólo don Aurelio parecía inalterable, clavado en la puerta de la era, temeroso de arrojarse al torbellino que giraba incansable.

Una palabra vino a arrancarle de su silencio, estremeciéndole hasta la última fibra del cuerpo, enjuto y duro, como un astillón de roble.

—¡On Aurelio, empréstemme su caballo!

El viejo se volvió con aire desconfiado; el que le hablaba era un sobrino de González, muchacho joven e insignificante, siempre dispuesto a toda clase de riñas, bravucón y altanero. Ejercía cierto predominio sobre la muchachada y estas cosas no eran desconocidas del viejo, que no dejaba de estimar el peligro que encerraban; inútilmente quiso disculparse, sabía que no habría argumento para disuadir al muchacho, y si algo dijo fué por desahogar su pecho: «No pueo, hombre, está espíao el Futre».

—¡Empréteselo, on Aurelio!... ¡No sea mala gente!

—¡Páscelo, no más!

—¡Deje que lo corra pa que cambie el pelo, eñor!

De una y otra parte saltaban las frases; Pelluco sostenía las riendas con gesto de humildad, que a una negativa se hubiera transformado en exaltación, trayendo al viejo por el suelo y saliendo avante en su capricho.

On Aurelio se desmontó con tristeza; arreglando prolijamente el cabezal y la cincha, le decía en tono de advertencia: «¡Cuídelo como si fuera suyo... el manco nu es náa di ancas; así es que no se oferte del llevar alguna niña, porque púee quedar feo». Pelluco seguramente no alcanzó a oírle, de un galope fué a perderse dentro de la era. A cada instante on Au-

relío veía aparecer y ocultarse a «Futre» por uno y otro extremo: vuelta tras vuelta, ya empezaba el sudor a reteñirle los costados, el hociço espumoso se abría como una flor caprichosa, mientras la tuza revuelta se orpelaba con el fino polvo. ...Nunca on Aurelio había hecho ir a Futre más allá del galope, sentía orgullo de verlo correr—según él liviano y parejo—. No pudo contenerse y gritó al muchacho en un descanso: «¿Es güeno pa l'era no?».

—Sí, es compasión lo güena; por ahí no más anda con al de los versitos esos:

Yo tengo una yegua overa  
Muy güena para trillar  
en cuanto l'echo a l'era  
No me quiere caminar.

Una risa general apagó la voz cansada del muchacho, que también echó a reír; On Aurelio los imitó en buena forma, no podía hacer otra cosa en medio de su turbación. Una risilla casacada le entrechocaba los dientes en un golpetear macabro; sus ojillos brillantes parecían estar empapados de lágrimas y angustia.

El día, inmensamente largo, bastó para derribar la empinada parva de trigo; la paja dispersa cubría la era, trepando por los varones en una delicadeza de encaje; los peones empezaban a construir el «filo» (un montón que iba de este a oeste para recibir en toda su anchura la fuerza del viento sur que, en el traspaleo y la aventá, había de apartar el trigo de la escoria). El día había terminado y la jornada ya tocaba a su fin; todos trabajaban en estrecha colaboración, deseosos de concluir pronto para entregarse, larga y descansadamente, al jolgorio que guardaba la fiesta. Este día apetitosamente fragante, caldeado por el llamear ardiente de bocas femeninas, rumorosas de tonadas y de besos.

Los jinetes practicaban sus últimas obligaciones; on Aurelio, cabizbajo y silencioso, urgueteaba el trigo, levantaba la orqueta, la cimbraba levemente, tirando la paja por sobre el montón, libre y liviana. La base del filo se iba ciñendo de una ancha faja de mostacilla dorada que corría y se derramaba sobre el suelo en ondas caprichosas. Era el trigo; así, pequeñito y duro, silenciosamente dormido, hermético y olvidado de su verdor flameante y de su perfumada madurez.

El viejo como siempre se mantenía aislado, haciendo caso omiso de los otros; cuando los gritos y las risas vinieron a sacarlo de su letargo:

«¡Si el Pello tenía que sacarle galope no más!» «¡Por malo que sea el chuzo en manos de ese condenao tiene que demostrar carrera!». «¡Atrácale Pello, atrácale!».

El hombre no se convencía de que era Futre el que corría, no podía contener su nerviosidad; le temblaban las manos, el mentón y las pupilas; pronunciaba palabras en voz baja. Convulso y jadeante avanzó fuera de la era; nadie hacía caso de él; nadie se preocupaba del pobre viejo, que se deshacía, que se derrumbaba a la vista de todos, en un silencio amargo y pesado. Caminaba dos pasos, se detenía, lloriqueaba de rabia, mientras el caballo cruzaba el potrero en todas direcciones; sus patas apenas tocaban el suelo. En una palabra, no alcanzaba a comprender la velocidad de Futre. Su mirada se quedaba en zaga, enterrada en la nube de polvo que levantaba la carrera.

Las burlas no sufrían mengua, eran cada vez más sórdidas; en un último arranque de esfuerzo el viejo apresuró sus pasos, ya sólo se detenía para gritarle: ¡Pello!... ¡Pelluco vay a cortarlo!... ¡Lo vay a reventar, brigón!... ¡Futreeee!... Futrecito, lindo!... ¡Diablo de condenao!... Corría al encuentro del caballo, se abalanzaba al empuje brutal de la carrera, el animal apenas desvió la ruta esquivando el manotón que desesperadamente le tiró a las riendas: no podía hacer otra cosa, ¡y con qué desesperación lo hizo! ¡Así; cogiéndole a dos manos, habría con-

tenido la carrera. por más que lo hubiera arrastrado y pisoteado; pero ni eso! cayó y rodó por el suelo, revolcándose y tragando polvo! Cuando vino a levantarse había perdido el sombrero. estaba solo, completamente solo, todos corrían a un extremo del cerco.

Por su cabeza pasó un solo pensamiento: «¡el caballo lo disparó lejos!» y fué allá, liviano, casi contento, mascando la felicidad de una venganza; «que lu haya muerto por gruto, por lo alimal y desbocao q'es». Solamente al llegar y revolverse con los otros, vino a sentir temor, se abría paso con los codos, sufría una presión en la garganta que le ahogaba; por su frente y sus mejillas sentía el correr caldeado de la transpiración; escuchaba sus comentarios y cada uno venía a estropearle sus sentimientos... ¡Pobre alimal, lo mató altirito!

... Precisamente, era un ángulo del cerco formado por el vértice que hacían un estero y una alameda. Allí se abalanzó el caballo desviándose del puente que daba acceso a la orilla opuesta, cayendo opreso entre el cauce; el muchacho saltó libre y cayó sobre unas matas sin lastimarse. On Aurelio parecía aturcido, no comprendía nada, miraba estúpidamente como se hinchaba el caudal de las aguas, que iban empujando y arrastrando a Futre bajo el puente. Con presteza, varios hombres arrancaron la cubierta y por largo rato la corriente se recubrió de un manto de basuras. El cuello del animal, hundido y arqueado en el caudal, había adquirido una nueva arrogancia, la cabeza parecía más fina, iluminada por un ojo redondo y obscuro, lleno de mansedumbre.

—«¡Nu hay más que sacarlo a l'orilla!». La frase rodaba desgastándose en la indiferencia; un jinete laceándolo por una pata lo tiró hasta fuera. El enmudecimiento del viejo era cada vez más hermético, sus ojillos hundidos tenían el brillo profundo de las norias, movía la cabeza y sus cabellos se batían en forma contraria, los brazos inermes y abatidos colgaban oscilantes; de sus labios se alargaba un hilo de baba...

—¡Milagro q'escapaste con vía!, le decían a Pelluco sus compañeros, palmoteándole la espalda. ¡Tenís suerte, menos mal que jué el caballo!

—«¿Q'es menos mal—interrogó el viejo—el que hallay muerto mi caballo? ¡Qué m'importa a mí, ni gos ni tu vía? ¡A mí me importa mi caballo, mi pobre chuzo y náa más! ¡Perro maldito! ¡Tenís mal natural, malas heuras; pero ya verís huachito, te maldigo por toa la vía y por quien soy, hombre güeno y honrao a carta cabal.

El muchacho parecía atontado por la lluvia de insultos, su cara profundamente estúpida, era de lleno el blanco de las palabras, que caían sobre su embrutecimiento ingénito, la voz chillona salió rasmillándole los labios: «¿Chitas eñor, no podré pagarle su mure por acaso?

—No se trata e plata, ya que no habís de pagarme lo q'el alimal valía en realidá. Mi caballo no vale náa un par de chuchas; ni cincuenta, ni cien pesos; vale mil, ¡vale un millón! por que tenía mi cariño, tóo mi cariño di hombre sano. Esto gos no lo entendís, ni m'importa tampoco. Lo que m'importa sería matarte a palos, desmugrarte pa siempre e tus porquerías!

—¡Chitas q'está arrejonao eñol; ta pior q'el chuzo, llega a «romper cinchas y hojales». Yo no tengo eficultá niuna, d'enseñarle a comer en mesa; ... ¡viejo roante!

—Y'hay, roante soy y no me cambio por gos, ceniciento. Si querís pegarme, ¡hácelo por tu vía! ¡hácelo! Y mal llevando su vejez on Aurelio abofeteó al muchacho en pleno rostro, lo derribó, rodaron juntos; los golpes retumbaban en las espaldas y en el pecho como un tambor siniestro. En la refriega hollaban el suelo con sus zapatos duros, sus rostros congestionados estaban empapados de transpiración. Pello no lograba zafarse de la tremenda resistencia del viejo, otros intervinieron en su ayuda. Ya en pie, el muchacho propuso el pago del animal.

—Determinemo esto luego iñor, ¿cuánto va a cobrarme por el chafalote?

«¡Eso no valía náa!» «¡Era remalo!» «Dele diez pesos!» «¡Veinte!». Y nuevamente la baraja de frases corriendo y saltando de boca en boca. El clavaba sus ojos en cada uno de los que le tiraban con sus sarcasmos. Era una mirada cargada de reproches, de un desprecio reconcentrado y buyente, que saltaba a torrentes.

—¡No! Goy a darle treinta pesos, ni un cobre más! Ahí van, y sacándolos de una billetera los arrojó al suelo. Largo rato permaneció el viejo con los billetes en la mano; los hombres se alejaban perseguidos por la noche que llegaba, que los borra-  
ba con sus anchas lenguas azules y silenciosas. La noche. Los árboles parecían exprimir en sus ramajes el espíritu de la sombra, los arroyos y el río libres ya del calor del sol, desataban su lengua rumorosa en un trémulo que esmerilaba el silencio. Allí estaba el viejo con los brazos en cruz, crucificado en una angustia infinita que le molía los huesos. El cuerpo de Futre se hinchaba, inmóvil, cubierto por la caparazón de la muerte.

\* \* \*

El viejo Exequiel, alto y enjuto, chasqueó sonoramente la lengua, mientras seguía reteniendo en su mano derecha un vaso de vino tinto. ¡Este si q'es vino!, exclamó.

María Yáñez rió con su acento nasal: ¡Vaya suegro, m'hizo recordar del viejo Aurelio, cada vaso de vino que tomaba decía: ¡Este si q'es vino! Por más que estuviera *gutre*.

—Y agora que usté dice, ¿qué será del pobre viejo?...

—Sepa mi Dios, dende que Pello le mató el caballo, tóos los días nu hacía más que icir: «¡Mañana si que me goy!» y pasaba el día sin demostrar intención de *mandarse*. Como yo veida que el tiempo pasaba y que poço a poco llegaba el invierno, le canté un día: «Güeno eñor, mañana váyase, y l'hice un cocaví grandazo que, si se ha medío, le alcanzará hasta el lugar de su destino... ¡que quizá dónde sea!...

La voz del viejo Exequiel, un poco reseca y baja, tenía un timbre de conciencia poco mudable, decía: «El hombre tenía sus defeutos, pero era güeno y bien haulao: los relatos los hacía como si estuviera leyendo; de tóo sabía un poco; pal trabajo era lerdo, pero sin más novedá».

—A mí siempre me venía con sus conversas, interrumpió la mujer, y yo siempre le icía: Güen dar un hombre viejo como usté, que no desperdicée ocasión pa perder el tiempo. El se disculpaba y seguía aunque naiden le oyera, Benedicto no más era el que le daba plática.

—Sí; sonrió González; me gustaba el de oírlo, y hasta lu hacía difariar con las mujeres; le metí en cabeza que la Chela e ña María andaba ladiá con él, hasta qu'empezó a creerse y un día que jué pa Chillán le trajo una porción de cosas. Nu era náa muy lerdo pa la cuestión mujeres, aunque ya s'taba más pa l'otra...

María Yáñez terció nuevamente en la conversación, su voz aguda se prolongaba en sonoras vibraciones: «Cuando se jué, losotros estábamos al lao ajuera. El pobre hombre llevaba los monos a l'espalda, las prevenciones al cogote, y'en la mano un palo e maqui largazo, como garrocha... Parecía... ¡no sé qué diaulos parecía!; golviéndose par'onde s'tábamo, los dijo: ¡Muy agradecío, y hasta luego! Iba por el portón, cuando le gritó Benedicto. «¡On Aurelio espíase el Futre!». Como púo el viejo se gorvió, serio y triste, miró pa l'acacia en que Pelluco colgó la calavera del caballo (p'auyentar los chonchones), se sacó el sombrero l'hizo una reverencia y siguió su camino.

En los hombres no causó risa la relación burlona de María. La mujer reaccionó entonces, desviando el relato a otro aspecto, «El pobre viejo estaba apesarao; toa la culpa la tuvo el desconsiderao e Pello... era su compañero... juera como juera... chuzo... fiero... a naiden l'importaba náa, no le hauría alcanzao pa más al poure cristiano. Había que fijarse que era viejo. ¡En fin! Aparte d'esto yo nunca le tuve confianza, al verlo

siempre tan caviloso y preocupao. ¡No sé qué se m'imaginaba. Quizá qué fechuría hauría hecho en su vía y allí estaba el remordimiento consumiéndose sus últimos días. Estos hombres que salen a roar tierras, llegan muy cambiaos. Yo le icía a Benedicto: cuidao hombre, ¿lo conocís por acaso? El mesmo me icía: a mí naiden me consiera... porque soy vagamundo... un roante. Lo repetía cada vez que s'encontraba clavado por mis ojos... Yo náa le icía... pero él bien sabía que pa mí, y pa tóos, nu era más que un roante...